



Cuentos de Andersen

Seleccionados
e ilustrados por

*Lisbeth
Zwergner*



Recopilación de ocho relatos clásicos de Hans Christian Andersen, seleccionados y enriquecidos con las distintivas ilustraciones de la artista austriaca Lisbeth Zwerger.

Entre los cuentos seleccionados en esta edición se encuentran "El Cuentacuentos", "El traje nuevo del emperador" y "La caja de yesca", cada uno acompañado por las evocadoras ilustraciones de Zwerger que aportan una nueva dimensión a estas historias atemporales. Su estilo, caracterizado por composiciones sencillas pero poéticas, recuerda a los maestros de la edad de oro de la ilustración, ofreciendo una experiencia visual que complementa y enriquece la narrativa de Andersen.

En 1992, este libro fue galardonado con el Premio Gráfico en la Feria del Libro Infantil de Bolonia, destacando la calidad y belleza de su trabajo.



Hans Christian Andersen

**Cuentos de Andersen
(Ilustrados por Lisbeth Zwerger)**

ePub r1.0

Titivillus 21.03.2025

El Cuentacuentos





No hay nadie en este mundo que conozca tantos cuentos como el Cuentacuentos. Sí, señor, ¡él sí que sabe contar cuentos maravillosos de verdad!

El Cuentacuentos llega por la noche, cuando los niños están sentados a la mesa, o tal vez en sus sillitas. Sube las escaleras de puntillas y, sin hacer nada de ruido, abre la puerta despacito y luego les rocía los ojos con un finísimo polvo de estrellas. Los niños no lo ven porque apenas si pueden mantener los ojos abiertos. El Cuentacuentos se acerca en silencio a sus espaldas, les sopla suavemente en la nuca y a los niños les entra el sueño. El Cuentacuentos no les hace ningún daño; es bueno con los niños. Sólo quiere que estén tranquilos, y es mucho más fácil que estén tranquilos cuando ya los han acostado. Y quiere que estén tranquilos para poder contarles cuentos.

Cuando los niños ya se han dormido, el Cuentacuentos se sienta en sus camas. Lleva un traje precioso y un abrigo de seda, pero no puedo decirlos de qué color es, porque a veces parece verde, o rojo, o azul, dependiendo de hacia dónde se mueva. El Cuentacuentos lleva un paraguas bajo cada brazo.

Uno tiene estampas y lo sostiene encima de los niños buenos para hacerles soñar sueños maravillosos durante toda la noche. El otro no lleva ni el dibujo más pequeñito. El Cuentacuentos sostiene ése encima de los niños traviesos, que entonces se duermen profundamente y cuando se despiertan por la mañana resulta que no han soñado nada de nada. En fin, oigamos ahora los cuentos que una vez le contó a un niño pequeño que se llamaba Hialmar. El Cuentacuentos fue a ver a Hialmar cada día durante una semana entera y le contó unos cuentos de lo mejorcito.

Y fueron siete cuentos en total, porque siete son los días de la semana.

LUNES

—Vamos a ver —dijo el Cuentacuentos una noche después de haber acostado a Hialmar—. Voy a ponerte esto un poco más bonito.

Y las flores de las macetas crecieron y se convirtieron en altos árboles de largas ramas que recorrían el techo y bajaban por las paredes. Y tan grande fue el cambio, que la habitación entera parecía el interior de un precioso bosquecillo. Las ramas estaban cubiertas de hermosas flores que tenían un aroma maravilloso y, si te comías una, sabía más dulce que la mermelada. Entre las ramas brillaban frutos dorados y de ellas colgaban también bizcochos rellenos de chocolate. Era un espectáculo maravilloso. Pero en ese mismo instante se oyeron unos tristes lamentos en el cajón de la mesa en la que Hialmar había guardado los libros del colegio.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó el Cuentacuentos.

Y se fue hasta la mesa y abrió el cajón. ¡Era la pizarrita de Hialmar la que hacía tanto ruido! Uno de los números de la suma estaba mal, y los demás números no paraban de empujarse y estrujarse hasta que la pizarra entera pareció estar a punto de hacerse pedazos. La tiza saltaba y daba brincos de un lado para otro como un potrillo atado a su correa. Estaba intentando corregir la suma, pero no podía. Del cuaderno de ejercicios de Hialmar salían aún más lamentos (y el ruido era triste de verdad). Cada página tenía una letra mayúscula y una letra minúscula escritas encima. Eran ejemplos que había que copiar en fila. Había otras letras cerca de las elegantes y se pensaban que parecían iguales. Pero esas letras las había escrito Hialmar y estaban tiradas por todas partes, como si se hubieran tropezado y caído sobre la línea, en lugar de quedarse de pie como es debido.

—¡Fijaos, así es como hay que quedarse! —decían las letras elegantes del cuaderno—. ¡Hay que inclinarse así, con un movimiento bonito!

—Ojalá pudiéramos —decían las letras que había escrito Hialmar—. ¡Pero nos sentimos tan maluchas que no podemos!

—En ese caso, os daré una medicina para poner os buenas —dijo el Cuentacuentos—. ¡No, no! —gritaron las letras, que en seguida se pusieron bien derechas.

—En fin, ya veo que esta noche no vamos a poder contar ningún cuento —dijo el Cuentacuentos—. Más me vale darles un poco de entrenamiento a estas letras. ¡Un, dos! ¡Un, dos! —les gritó, entrenando a las letras hasta que se estiraron cuanto pueden estirarse las letras de un cuaderno.

Sin embargo, cuando Hialmar las fue a mirar por la mañana, después de que se marchara el Cuentacuentos, seguían igual de mal que siempre.

MARTES

Nada más acostarse Hialmar, el Cuentacuentos tocó todos los muebles de la habitación con su varita mágica y hete aquí que se pusieron a hablar.

Todos hablaban de sí mismos, salvo la escupidera, que se quedó callada. «Ojalá no fuesen tan vanidosos», se dijo, «venga a charlotear siempre de sí mismos y sin pararse nunca a pensar en mí.» Y la pobre se quedaba humildemente en un rincón, dejando que la gente le escupiera dentro.

Sobre la cómoda había un gran cuadro con marco dorado. Era un paisaje, un cuadro en el que se veían altos árboles de mucha edad, flores que crecían entre la hierba y un gran río que serpenteaba por el bosque y pasaba junto a muchos castillos en su camino hacia el mar abierto. El Cuentacuentos dirigió su varita mágica hacia la pintura, y los pájaros del cuadro cantaron, las ramas de los árboles se balancearon y las nubes recorrieron el cielo. Fijaos que hasta se podían ver sus sombras atravesando el paisaje.

Entonces, el Cuentacuentos levantó al pequeño Hialmar hasta el marco del cuadro. Y Hialmar trepó y entró dentro del cuadro y se quedó allí de pie, entre la alta hierba. El sol lo iluminaba a través de las ramas de los árboles. Hialmar echó a correr hacia el río y se metió en un bote. Lo habían pintado

de blanco y rojo, y las velas brillaban como la plata. Seis cisnes, con coronas doradas alrededor del cuello y brillantes estrellas azules sobre la cabeza, comenzaron a tirar del bote entre los verdes bosques. Entonces, los árboles se pusieron a narrarle cuentos de ladrones y de brujas, mientras las flores le hablaban de pequeños y preciosos duendes y de las historias que las mariposas les habían contado a ellas.

Unos peces maravillosos con escamas de oro y de plata nadaban detrás del bote. De cuando en cuando daban un salto y se les oía chapotear en el agua. Largas filas de pájaros rojos y azules, grandes y pequeños, volaban detrás de ellos. Los mosquitos danzaban en medio del aire y el abejorro zumbaba. Todos querían seguir a Hialmar y todos tenían historias que contar. ¡Menuda travesía naval!

A veces los bosques eran densos y oscuros, a veces se convertían en jardines maravillosos llenos de flores y de sol con enormes castillos de mármol y cristal. Las princesas salían a los balcones, y eran como niñas a las que Hialmar conocía bien y con las que le gustaba jugar. Además, extendían la mano sosteniendo los mejores cerditos de caramelo del mundo. Hialmar cogía un extremo del cerdito al pasar navegando junto a ellas, mientras las princesas se agarraban con fuerza al otro extremo. Y así los dos se quedaban con un trocito. ¡Pero a las princesas les tocaba la mitad más pequeña del cerdito de caramelo y a Hialmar la más grande! Además, había principitos haciendo guardia en la puerta de los castillos con su espada dorada al hombro, y al pasar Hialmar le iban lanzando regaliz y soldaditos de plomo. ¡Y eran príncipes de verdad, no os vayáis a creer!

Hialmar siguió navegando, y a veces parecía que el bote atravesaba bosques, y a veces que atravesaba grandes salones o incluso ciudades. Pasó por la ciudad en la que vivía la señora que lo había cuidado de pequeño. La mujer quería mucho a Hialmar, y por eso lo saludó y le cantó una cancioncilla que había hecho ella sola y que le había enviado a Hialmar:

*A menudo pienso en ti, niño de mi alma,
¡Niño del alma mía!
Besarte la cara, la frente tan calma,
Las mejillas, era mi mayor alegría.
Compartí tus risas, te oí decir las letras,
Mas luego te dije adiós.
Que el Señor te guarde aquí en la Tierra,
Ángel de mi corazón.*

Y los pájaros cantaban, y las flores danzaban sobre sus tallos, y los viejos árboles meneaban la cabeza como si el Cuentacuentos les estuviese contando cuentos a ellos también.

MIÉRCOLES

Fuera, la lluvia caía a cántaros. Hialmar la oía en sueños, y cuando el Cuentacuentos abrió la ventana, el agua llegaba hasta el alféizar. La inundación era tan grande que casi se formó un lago, y junto a la casa había echado las amarras un barco espléndido.

—¿Te gustaría venir a navegar, pequeño Hialmar? —preguntó el Cuentacuentos—. Podrías partir esta noche hacia países extranjeros y estar de vuelta al llegar la mañana.

Y al instante Hialmar se encontró en el barco maravilloso vestido con su mejor traje de domingo. Y el tiempo aclaró de inmediato. Entonces echaron a navegar por las calles, viraron al llegar a la iglesia y pronto se hallaron en mar abierto. Siguieron navegando sin parar hasta que ya ni podían ver la costa. Y fue entonces cuando divisaron una bandada de cigüeñas que se alejaban camino de los países más cálidos. Las cigüeñas volaban en fila india y todas ellas llevaban ya mucho tiempo de vuelo. Había una que de tan cansada como estaba casi no podía seguir batiendo las alas. Era la última de la fila, y en seguida comenzó a quedarse muy rezagada. Por fin, empezó a perder altura, cada vez más, manteniendo las alas extendidas. Trató de batirlas unas pocas veces, pero ya no le quedaban fuerzas. Tocó con las patas el mástil del barco, cayó a lo largo de la vela y aterrizó en cubierta. El grumete la recogió y la puso en el corral, junto a las gallinas, los patos y los pavos. La pobre cigüeña se quedó en medio de aquellas aves sintiéndose muy alicaída.

—¡Fijaos qué pájaro más gracioso! —dijeron las gallinas.

Y el pavo se hinchó cuanto pudo y le preguntó a la cigüeña cómo se llamaba, mientras los patos andaban torpemente de un lado a otro y se daban empujoncitos al grito de «¡cuac, cuac!»

La cigüeña les habló de las cálidas tierras africanas, y de las pirámides, y del avestruz que corre por el desierto como si fuera un caballo salvaje. Pero los patos eran incapaces de comprender una sola palabra. Siguieron dándose empujoncitos sin parar de graznar su cuac, cuac, que en realidad quería decir: «¿Verdad que es tonta? ¿Verdad que es tonta?»

—¡Por supuesto que lo es! —glugluteó el pavo.

La cigüeña no contestó, pero siguió pensando en África.

—¡Menudo par de patas más elegantes que tienes! —dijo el pavo—. ¿A cuánto te ha costado el metro?

—¡Cuac, cuac, cuac! —comentaron los patos con risa boba.

Pero la cigüeña hizo como que no los había oído.

—¡Pues sí! —dijo el pavo—. ¡También te podías haber unido a las risas! ¡O sea, que no me irás a decir que no era gracioso! ¿O a lo mejor va a resultar que no te ha parecido todo lo elegante que te mereces? ¡Así que no eres de las que saben aceptar una buena broma, ya veo! Bueno, bueno, ¡sigamos divirtiéndonos nosotros!

Y las gallinas cloquearon y los patos graznaron porque se creían graciosísimos. Pero Hialmar se acercó al corral, abrió la puerta y llamó a la cigüeña, que salió dando saltitos a cubierta. Ahora ya se sentía descansada y le hizo un gesto con la cabeza a Hialmar, como si quisiera darle las gracias. Entonces extendió las alas y salió volando hacia los países cálidos, mientras las gallinas cloqueaban y los patos graznaban y al pavo se le ponía toda la cara de un rojo encendido.

—¡Como no os andéis con más cuidado mañana mismo os pondremos en la sopa! —dijo Hialmar.

Y al momento siguiente se despertó en su cama de siempre. ¡Qué travesía más maravillosa había hecho aquella noche gracias al Cuenta cuentos!

JUEVES

—Ahora —dijo el Cuentacuentos—, no tengas miedo y te enseñaré una ratoncita. —Y extendió la mano y resultó que la pequeña criatura estaba allí—. Ha venido a invitarte a una boda —añadió—. Esta noche se casan dos ratones. Viven debajo del comedor de tu madre y, por lo que me han contado, creo que tienen una ratonera preciosa.

—¿Pero cómo voy a poder entrar en una pequeña ratonera debajo del suelo? —preguntó Hialmar.

—¡De eso ya me ocupo yo! —dijo el Cuentacuentos—. ¡Te voy a encoger!

Y tocó a Hialmar con su varita mágica. Hialmar se empezó a encoger de inmediato, haciéndose cada vez más pequeño hasta que no fue más grande que un dedo.

—Puedes tomar prestadas las ropas del soldadito de plomo. Creo que te irán bien, ¡y un uniforme queda de maravilla en una fiesta!

—¡Claro! —dijo Hialmar, que no tardó ni un momento en vestirse con toda la elegancia de un soldadito de plomo.

—¿Te importaría sentarte en el dedal de tu madre? —preguntó la ratoncita—. ¡Así podré tener el placer de tirar de ti!

—¡Tanta amabilidad me confunde, señora! —respondió Hialmar.

Y salieron al galope hacia la boda ratonil.

Primero recorrieron un largo pasillo que iba por debajo del suelo y que tenía el tamaño justo para dejar pasar el dedal. El pasillo entero estaba iluminado por las llamas de unas antorchas hechas de trocitos de madera podrida.

—¿Verdad que huele bien aquí abajo? —dijo la ratoncita que tiraba de Hialmar en su dedal—. El pasillo entero está alfombrado con corteza de tocino. ¿Y acaso existe algo mejor?

Llegaron a la sala en la que se iba a celebrar la boda. Las damas ratón se habían colocado a la derecha y no paraban de susurrar como si se estuvieran riendo las unas de las otras. Los caballeros ratón se habían colocado a la izquierda y se mesaban los bigotes con las patitas. La feliz pareja estaba en medio de la sala sobre una corteza de queso ahuecada. Se besaban cariñosamente delante de todo el mundo porque ya estaban prometidos y a punto de casarse.

Los invitados llegaban sin parar. Los ratones empezaron a correr peligro de pisarse entre sí, y la pareja nupcial se había colocado en el umbral de tal modo que no había manera ni de entrar ni de salir. La sala entera estaba alfombrada con corteza de tocino, igual que el pasillo, y eso era lo único que había para comer, salvo un guisante que hacía las veces de tarta de boda. Un ratoncito pariente de los novios había mordisqueado en él los nombres de la feliz pareja, o más bien sus iniciales, por lo que era un guisante muy especial.

Todos los ratones comentaron que había sido una boda maravillosa y que la conversación había resultado de lo más entretenida.

Después, Hialmar volvió a su habitación a todo correr. Tenía la impresión de haber asistido a una fiesta elegantísima, aunque eso le hubiera supuesto encogerse hasta tener el tamaño para poder ponerse el uniforme del soldadito de plomo.

VIERNES

—Nunca te podrías imaginar la cantidad de personas mayores a las que les gustaría atraparme —dijo el Cuentacuentos—. Sobre todo las personas que han hecho algo malo. «Querido Cuentacuentos», me dicen, «no podemos pegar ojo; nos quedamos despiertos la noche entera y vemos nuestras malas acciones sobre la cama como feos duendecillos que no paran de salpicarnos con agua caliente. ¡Por favor, ven a espantarlos para que podamos dormir un poco!» Y luego suspiran profundamente y añaden: «Nos encantaría poderte recompensar muy bien por ello. ¡Buenas noches, Cuentacuentos! Encontrarás el dinero en la ventana.» Pero yo no doy esas cosas por dinero —acabó diciendo el Cuentacuentos.

—¿Qué vamos a hacer esta noche? —preguntó Hialmar.

—Bueno..., ¿a lo mejor te gustaría ir a otra boda? No será igual que la de anoche. Hermán, el muñeco grande de tu hermana, se va a casar con Bertha, la otra muñeca. Además es también el cumpleaños de la muñeca. Así que habrá muchos regalos.

—¡Ya lo sé! —dijo Hialmar—. Cada vez que a los muñecos les hace falta ropa nueva, mi hermana les organiza una fiesta de cumpleaños o una boda. ¡Deben de haberse casado unas cien veces!

—Sí, pero esta noche es la ciento una, y después de ciento una bodas ya no se pueden volver a casar, así que la de hoy va a ser una boda como no hay otra —dijo el Cuentacuentos—. ¡Fíjate ahí!

Hialmar miró hacia la mesa, y vio que había luces en las ventanas de la casita de muñecas de cartón y que los soldaditos de plomo presentaban armas ante ella. La novia y el novio estaban sentados en el suelo, apoyados en la pata de la silla y con un aspecto de lo más pensativo. Sin duda, debían de tener sus buenas razones para estarlo. Pero el Cuentacuentos se puso la blusa negra de la abuela como si fuera una túnica y los casó. Cuando acabó la ceremonia, los muebles de la habitación entonaron la preciosa canción que vais a oír ahora. La había escrito el lápiz, y la melodía era como el retumbar de tambores.

*Nuestra canción como el viento ha de viajar,
Y a la novia y al novio en casa hemos de hallar
Con la cabeza alta por su nobleza sin par,*

*Hechos de cuero refinado junto al mar.
Tres hurras por la pareja hay que recordar
A todos y al viento que hay que lanzar.*

Y entonces llegó la hora de los regalos de boda. Los muñecos les habían pedido a sus amigos que no les dieran nada de comer, porque estaban enamorados y podían alimentarse sólo con amor.

—¿Prefieres que vayamos al campo o al extranjero de luna de miel? —le preguntó el novio a la novia.

Y le pidieron consejo a la golondrina, que había recorrido mucho mundo, y a la gallina clueca, que había incubado cinco nidadas de pollos. La golondrina les habló de las hermosas y cálidas tierras en las que los racimos de uva se mecen grandes y pesados, donde el aire es suave y las montañas están teñidas de colores que jamás se han visto por aquí.

—¡Pero en esos sitios no tienen repollos! —dijo la gallina—. Yo pasé un verano en el campo con mis polluelos y había muchas piedrecitas y guijarros que picotear. Y no sólo eso, sino que también pudimos entrar en un huerto en el que había repollos. ¡Eran unos repollos verdes preciosísimos! ¡No se me ocurre que pueda haber nada más bonito en este mundo!

—Si quieres que te diga lo que pienso, todos los repollos parecen iguales —dijo la golondrina—. ¡Y aquí el tiempo suele ser tan malo!

—Una acaba por acostumbrarse —dijo la gallina.

—Pero aquí hace frío. ¡Y hay heladas!

—Son buenas para los repollos —dijo la gallina—. Y de todas formas, a veces también hace calor. ¿Acaso no es verdad que hace cuatro años tuvimos un verano que duró cinco semanas seguidas y en el que hacía tanto calor que casi no se podía respirar? Y además, aquí no hay esos bichejos feos y venenosos que te encuentras en el extranjero. Y tampoco hay ladrones. Y cualquiera que no crea que nuestro país es el mejor del mundo es un sinvergüenza sin nombre y no merece estar aquí —dijo la gallina al tiempo que estallaba en sollozos—. ¡Yo también he viajado, no te vayas a creer! ¡Me he pasado veinte kilómetros encerrada en una jaula viajando! Y eso de viajar no es nada divertido, ¡te lo puedo asegurar!

—¡La gallina tiene razón! —dijo la muñeca Bertha—. Y la verdad es que tampoco me gustaría ir a la montaña. ¡Venga a subir por un lado y a

bajar por el otro! No, vayamos a donde están las piedrecillas y los guijarros y a pasear por el huerto donde crecen los repollos.

Y eso es exactamente lo que hicieron.

SÁBADO

—¿Vas a contarme un cuento? —preguntó el pequeño Hialmar nada más acostarlo el Cuentacuentos.

—Esta noche no vamos a tener tiempo para cuentos —dijo el Cuentacuentos, mientras sostenía su paraguas bonito sobre Hialmar—. ¡Fíjate en todos estos chinos!

Y, efectivamente, el paraguas entero parecía un jarrón chino, lleno de árboles azules y puentes puntiagudos en los que había chinitos que no paraban de hacer reverencias con la cabeza.

—Debemos tener el mundo entero como una tacita de plata para mañana —dijo el Cuentacuentos—, porque mañana es domingo, un día santo. Debo ir a la torre de la iglesia a ver si los duendecillos que viven allí están brillantando las campanas para que suenen bien. Tengo que salir a recorrer los campos para ver si el viento está sacudiendo el polvo de las hojas y de la hierba. Y, sobre todo, ¡tengo que descolgar todas las estrellas y sacarles brillo! Las recogeré en mi delantal, pero antes de eso hay que numerarlas, y los agujeros que ocupan en el cielo también, para poder colocarlas luego cada una en su sitio. ¡Porque si no, se quedarían mal pegadas y tendríamos demasiadas estrellas fugaces venga a salir disparadas una detrás de otra! —Le ruego que me preste un momento de atención, señor Cuentacuentos —dijo un viejo retrato que estaba colgado en la pared cerca de la cama de Hialmar—. Soy el bisabuelo de Hialmar y me gustaría darle las gracias por contarle cuentos al chico, ¡pero no debe usted confundirlo! ¡Las estrellas no se pueden descolgar para sacarles brillo! Las estrellas son cuerpos celestes, igual que la Tierra, ¡y por eso son tan hermosas!

—Gracias, viejo bisabuelo —dijo el Cuentacuentos—. Mil gracias. ¡Es usted el cabeza de familia y una cabeza viejísima, todo hay que decirlo! Pero yo soy aún más viejo, no sé si lo sabe. Soy un viejo pagano, y ya los griegos y los romanos me conocían con el nombre de dios de los sueños. He visitado las más espléndidas mansiones y aún sigo visitándolas. Así que sé cómo tratar tanto a los importantes como a los humildes. ¡Sí, señor, y ahora ya puede decir lo que le venga en gana!

—¡Por lo visto, una persona ni siquiera puede decir lo que piensa en estos tiempos! —exclamó el viejo retrato.

Dicho lo cual, Hialmar se despertó.

DOMINGO

—Buenas noches —dijo el Cuentacuentos.

Hialmar lo saludó con la cabeza al mismo tiempo que daba un salto y ponía el retrato de su bisabuelo de cara a la pared para que no pudiera interrumpirlos como la noche anterior.

—¡Y ahora cuéntame cuentos! —dijo—. ¡Cuéntame el cuento de los cinco guisantes que vivían en una sola vaina, y ese otro de un sapo que siempre quería cortejar, y el de la aguja de zurcir que se creía tan elegante que iba diciendo que era una aguja de coser!

—No hay que abusar de las cosas buenas —dijo el Cuentacuentos—. Esta noche te quiero enseñar otra cosa. Te voy a enseñar a mi hermano. Es un Cuentacuentos como yo, pero él nunca visita a nadie más de una vez. Cuando lo hace, monta a esa persona en su caballo y le cuenta cuentos. Sólo se sabe dos cuentos. Uno de ellos es más maravilloso de lo que nadie podría jamás soñar, y el otro es tan terrible que..., ¡en fin, que no hay palabras para describirlo!

Y el Cuentacuentos levantó al pequeño Hialmar hasta la ventana y le dijo: —Mira, ahí está mi hermano, el otro Cuentacuentos. A veces también lo llaman Muerte. Como puedes ver, no da tanto miedo como cuando lo pintan en los libros, donde siempre lo dejan en los huesos. No, señor; lleva un abrigo con galones de plata y un uniforme militar de lo más elegante; y encima una capa de terciopelo negro que revolotea a sus espaldas y a las de su caballo. ¡Fíjate en cómo se lanza a galope tendido!

Y Hialmar observó el galope del otro Cuentacuentos y cómo iba recogiendo a la gente, tanto jóvenes como viejos, en su caballo. A algunos los montaba delante y a otros detrás, pero antes que nada les preguntaba si tenían buenas notas. Y todos le decían que sí.

—Bueno, permítame que lo compruebe por mí mismo —les decía, y a ellos no les quedaba más remedio que enseñarle sus notas.

A todos los que tenían un notable o un sobresaliente les tocaba ponerse delante de la Muerte sobre el caballo, y oían el cuento maravilloso. Pero a los que tenían un aprobado por los pelos o un suspenso les tocaba ponerse detrás de la Muerte, y tenían que oír el cuento terrible. Ésos se ponían a temblar y a llorar e intentaban bajarse de un salto, pero no podían. Era como si los hubieran pegado con pegamento.

—Creo que la Muerte es el mejor Cuentacuentos —dijo Hialmar—. Y no le tengo miedo.

—¡Y espero que nunca se lo tengas! —dijo el Cuentacuentos—. ¡Pero asegúrate siempre buenas notas!

—Muy educativo —murmuró el retrato del bisabuelo—. En fin, siempre hay que dejar que la gente diga lo que piensa. Resulta de lo más útil —y se quedó satisfecho.

Y éstos son los cuentos que el Cuentacuentos le contó a Hialmar, y quién sabe si esta misma noche no vendrá él en persona a contarte más a ti.



Los saltarines



Érase una vez que se eran la pulga, el saltamontes y la marioneta que andaban empeñados en averiguar cuál de ellos saltaba más alto. Así que invitaron a todo el mundo y parte del extranjero a disfrutar del espectáculo. Y nada más ver a los tres juntos en una habitación quedaba claro que todos ellos eran saltarines de primera. —¡Pues yo entregaré a mi hija al que salte más alto! —exclamó el rey—. ¡Sería una vergüenza que tuvieran que saltar por nada!

La pulga fue la primera en presentarse. Tenía unos modales de lo más elegante y saludó con la cabeza a los presentes, pues era de sangre noble y estaba acostumbrada a mezclarse con los humanos (algo que no había que perder de vista ni por un instante).

El siguiente fue el saltamontes, que, aunque era mucho más corpulento, llevaba un uniforme verde que le sentaba a las mil maravillas. Además, dijo que descendía de una familia muy antigua de tierras de Egipto, por lo cual aquí también estaba muy bien considerado. Había venido de los campos, y ahora vivía en un castillo de naipes de tres pisos. Los naipes que habían utilizado para construirlo eran de reyes y sotas y tenían los dibujos de colores en la parte de dentro. Sin embargo, las puertas y las ventanas del castillo las habían recortado de los naipes en los que figuraba la reina de corazones.

—Canto tan bien —les dijo el saltamontes— que dieciséis grillos locales que llevan chirriando desde su más tierna infancia, pero que no viven en un castillo de naipes, se han molestado tanto al oírme que se han quedado aún más delgados que antes. La pulga y el saltamontes alabaron sin medida sus propios talentos y dijeron que se creían dignos de casarse con una princesa.

En cuanto a la marioneta, no dijo nada, pero la gente creyó que eso significaba que estaba metida en pensamientos profundísimos, y, cuando el

perro de la corte la olfateó, dijo que estaba convencido de que la marioneta era de buena familia. El viejo consejero, al que habían condecorado con tres medallas por saber quedarse callado, dijo que se había dado cuenta de que la marioneta tenía el don de la profecía. Mirándole la espalda, uno podía saber si el invierno iba a ser duro o suave, y eso era mucho más de lo que cualquiera podría conocer mirándole la espalda al hombre del tiempo.

—¡Pues yo no diré nada! —exclamó el viejo rey—. ¡Pero puedo pensar lo que me dé la gana!

Había llegado el momento de empezar con los saltos. La pulga saltó tan alto que nadie la pudo ver, por lo que todos dijeron que ni siquiera había saltado y que estaba haciendo trampas.

El saltamontes sólo saltó la mitad de alto que la pulga, pero fue a parar justo a la cara del rey, y el soberano dijo que eso le había parecido muy feo.

La marioneta se quedó callada un buen rato, dándole vueltas al asunto en la cabeza, hasta que la gente empezó a pensar que no era capaz de saltar ni un poquito.

—¡Espero que no esté enferma! —dijo el perro de la corte, volviendo a olfatearla. ¡Zaaas! Y la marioneta dio un saltito y aterrizó en el regazo de la princesa, que estaba sentada en un pequeño taburete de oro.

—El salto más alto ha sido el salto hasta mi hija —dijo entonces el rey —, porque es imposible llegar más alto. Pero hacía falta mucha inteligencia para darse cuenta, y eso demuestra que la marioneta es lista y tiene buena cabeza.

Así que la marioneta ganó a la princesa.

—¡Pero yo he saltado más alto! —dijo la pulga—. Y, sin embargo, todo da igual. ¡Que se quede con la marioneta, que a mí no me importa! ¡Yo he sido la que ha saltado más alto, pero por lo visto, en este mundo las apariencias son lo único que importa!

Así que la pulga se fue al extranjero en acto de servicio y, según cuentan, murió en combate.

El saltamontes se fue a sentar a la cuneta, se puso a pensar en cómo funcionaba el mundo y estuvo de acuerdo con la pulga:

«¡Las apariencias son lo único que importa! ¡Las apariencias son lo único que importa!», decía su triste canción.

Y yo escribí este cuento sobre esa canción. Pero no hace falta que os creáis hasta la última palabra, aunque la veáis escrita en un libro.



La caja de yesca

Un soldado apareció marcando el paso por el camino real. ¡Un, dos! ¡Un, dos! Llevaba la mochila a la espalda y la espada al costado, pues había estado fuera combatiendo en las guerras y ahora volvía a casa.

Por el camino se topó con una vieja bruja. Era muy fea y el labio de abajo le colgaba hasta el pecho.

—¡Buenas tardes, soldado! —le dijo—. ¡Qué espada más bonita y qué mochila más grande! Ya veo que eres un soldado hecho y derecho. ¡Pues mira por dónde ahora vas a tener todo el dinero que quieras!

—Mil gracias, vieja bruja —dijo el soldado.

—¿Ves ese árbol tan grande? —le preguntó la bruja, al tiempo que señalaba a un árbol que se alzaba cerca del camino—. ¡Pues está hueco por dentro! Trepa por él y verás el agujero. Podrás meterte hasta dentro del árbol. Yo te ataré una cuerda a la cintura y así te podré subir cuando tú me digas.

—¿Pero qué tengo que hacer dentro del árbol? —preguntó el soldado.

—¡Coger el dinero! —exclamó la bruja—. Cuando llegues al fondo del árbol verás un enorme túnel. Está muy iluminado porque hay más de cien lámparas encendidas allí dentro. Entonces verás tres puertas y las podrás abrir porque las llaves están puestas en las cerraduras. Entra en la primera sala y en medio del suelo verás un gran baúl con un perro sentado encima. Tiene unos ojos como platos, pero no dejes que eso te asuste. Te daré mi delantal de cuadros azules. Con sólo dejarlo en el suelo podrás acercarte al perro, ponerlo sobre el delantal, abrir el baúl y coger todo el dinero que quieras. Las monedas de ese baúl son de cobre. Pero si prefieres la plata, tendrás que ir a la siguiente sala. Allí encontrarás a un perro con ojos como ruedas de molino. Sin embargo, no dejes que eso te asuste. ¡Ponlo sobre el delantal y coge el dinero! Y si prefieres el oro, tendrás que ir a la tercera

sala y podrás coger todo lo que seas capaz de llevar. El perro que está sentado encima del baúl de dinero de la tercera sala tiene los ojos como la Torre Redonda de Copenhague. ¡Es un perrazo como pocos, no te vayas a creer! Pero no dejes que eso te asuste. Ponlo sobre el delantal y él no te tocará ni un pelo. ¡Así podrás coger el oro que quieras del baúl! —Todo eso suena de maravilla —dijo el soldado—. ¿Pero qué quieres que te dé a cambio, vieja bruja? ¡Seguro que querrás algo para ti!

—Pues no —dijo la bruja—. No quiero ni una sola moneda. Lo único que quiero que me traigas es la vieja caja de yesca que se dejó ahí mi abuela la última vez que estuvo dentro.

—¡Bueno, pues átame la cuerda alrededor de la cintura ya de una vez! —exclamó el soldado.

—Aquí está —dijo la bruja—. Y aquí tienes mi delantal de cuadros azules.

Así que el soldado trepó al árbol para después bajar por el tronco hueco. Y en el fondo encontró el enorme túnel con más de cien lámparas encendidas, tal como le había dicho la bruja.

Abrió la primera puerta y hete aquí que vio al perro con ojos como platos que le miraba con furia.

—¡Perrito bonito! —dijo el soldado, al tiempo que lo ponía sobre el delantal de la bruja.

Se llenó los bolsillos con todas las monedas de cobre que le cabían dentro, volvió a cerrar el baúl, puso el perro encima y pasó a la siguiente sala.

¡Menudo! Allí estaba el perro con ojos como ruedas de molino.

—¡No te atrevas a mirarme así! —dijo el soldado—. ¡Podrías hacerte daño en los ojos! Y puso al perro sobre el delantal de la bruja. Al ver la cantidad de monedas de plata que había en el baúl, tiró el cobre que había cogido y se llenó los bolsillos y la mochila de plata pura.

Luego pasó a la tercera sala. ¡Ésa sí que daba miedo, no os vayáis a creer! Era verdad que el perro que había allí dentro tenía los ojos como la Torre Redonda de Copenhague, y además no paraban de darle vueltas en la cabeza, como si en lugar de ojos fueran ruedas.

—Buenas tardes les sean dadas —le dijo al perro.

Y el soldado se llevó respetuosamente una mano al gorro, pues nunca antes había visto una fiera semejante. Después, se quedó inmóvil por el asombro un buen rato, hasta que de repente pensó: «¡Bueno, ya está bien!» Y cogió al perro, lo puso en el suelo y abrió el baúl.

¡Vaya si tenía oro! Con el oro que había allí dentro se hubiera podido comprar Copenhague entero junto con todos los vendedores de cerditos de caramelo; se hubieran podido comprar todos los soldaditos de plomo y los látigos de juguete y los caballitos del mundo. ¡Eso sí que eran riquezas y lo demás son cuentos!

Así que el soldadito se vació los bolsillos y la mochila y cambió las monedas de plata por las de oro. Se las guardó en todas partes: en los bolsillos, en la mochila, incluso en el gorro y en las botas, hasta que casi no pudo ni andar. ¡Ahora sí que tenía un montón de dinero! Volvió a poner al perro sobre el baúl, cerró la puerta y gritó desde el fondo del árbol hueco.

—¡Ya me puedes sacar, vieja bruja!

—¿Has encontrado la caja de yesca? —preguntó la bruja.

—¡Vaya! —dijo el soldado—. ¡Se me había olvidado!

Así que volvió atrás y la encontró. Entonces, la bruja tiró de él y lo sacó hasta el camino real. Y allí estaba, como al principio, sólo que ahora tenía los bolsillos, las botas, la mochila y el gorro llenos de dinero.

—¿Para qué quieres la caja de yesca? —preguntó el soldado.

—Métete en tus asuntos —dijo la bruja—. ¡Ya tienes el dinero; así que entrégame la caja de yesca!

—¡De eso nada! —dijo el soldado—. O me dices para qué quieres la caja de yesca o saco mi espada y te corto la cabeza.

—¡No me da la gana! —exclamó la bruja.

Así que el soldado le cortó la cabeza y allí que se quedó tumbada la bruja. Después puso el dinero en el delantal, hizo un hatillo y se echó la carga a la espalda, se guardó la caja de yesca en el bolsillo y siguió desfilando hasta la población más cercana.

Era una población muy bonita, y él se dirigió a la más elegante posada, eligió la habitación más lujosa y pidió su comida favorita, porque tenía tanto dinero que se había convertido en un hombre rico.

Al criado que le limpiaba los zapatos le pareció extraño que un hombre rico llevase unas botas tan viejas y raídas, pero el soldado aún no había tenido tiempo de comprarse unas nuevas. Al día siguiente, sin embargo, se compró botas y ropa de caballero elegante y la gente le contó todo lo que había que saber de su ciudad y de su rey, y de lo encantadora que era su hija, la princesa.

—¿Y cómo puedo verla? —preguntó el soldado.

—¡Ah, es que nadie la puede ver! —le dijo la gente—. Vive en un enorme castillo de cobre rodeado de muros y torres. El rey no permite que nadie la vea, salvo él mismo, porque existe una profecía que dice que se casará con un soldado corriente y moliente, y esa idea no le hace ninguna gracia al rey.

«Me gustaría verla de todos modos», pensó el soldado. Pero no tenía ni la más mínima posibilidad.

Bueno, pues el soldado llevó una vida feliz. Iba al teatro, conducía su carroza por el parque real y también repartía gran cantidad de dinero entre los pobres, pues se acordaba de lo que significaba estar sin blanca. Ahora

que era rico y vestía trajes elegantes, hizo muchísimos amigos. Todos decían que era una gran persona y un verdadero caballero. ¡Y ése era exactamente el tipo de cosas que al soldado le gustaba escuchar!

Sin embargo, como gastaba dinero todos los días y no recibía dinero nuevo por ningún sitio, pronto se encontró con que ya sólo le quedaban dos monedas. Tuvo que mudarse de la habitación lujosa donde había estado viviendo y coger una de las buhardillas. Ahora tenía que cepillarse y arreglarse él solo las botas y ya no venían a verlo ninguno de sus amigos. ¡Había que subir tantas escaleras!

Una tarde oscura, cuando ni siquiera le quedaba dinero para comprarse una vela, se acordó de que había una pequeñita en la caja de yesca que había cogido para la bruja en el árbol hueco. Encontró la caja de yesca y el trocito de vela, pero nada más sacar una chispa del pedernal, se abrió de golpe la puerta y entró el perro que había visto en el túnel de debajo del árbol (el perro con ojos como platos). Y el animal se quedó parado delante del soldado.

—Tus deseos son órdenes, mi amo —dijo el perro.

—¡Menudo! —exclamó el soldado—. ¡Esta caja de yesca es extraordinaria de verdad si es capaz de darme lo que quiera! ¡Tráeme dinero! —dijo.

Y el perro desapareció en un abrir y cerrar de ojos como platos. Al momento siguiente, estaba de vuelta con una gran bolsa de monedas en la boca. ¡Entonces fue cuando el soldado se dio cuenta de lo maravillosa que era su caja de yesca! Si sacaba una chispa del pedernal, aparecía el perro del baúl de monedas de cobre. Si sacaba dos chispas, venía el perro del baúl de plata. Y si sacaba tres, llegaba el del baúl de monedas de oro. Así que el soldado pudo volver a vivir en su lujosa habitación y llevar trajes elegantes, y sus amigos volvieron a acordarse de él y a hacerle mucho caso.

Bueno, pues un día resulta que le dio por pensar: «¡Qué pena que nadie pueda ver a la princesa! Todos dicen que es tan hermosa... ¡Pero de qué sirve su belleza si siempre está guardada en un castillo de cobre rodeado de torres! ¿Y no podría encontrar yo algún modo de verla? ¿Dónde estará mi caja de yesca?»

Y sacó una chispa del pedernal y allá que entró el perro con ojos como platos.

—Sé que es muy tarde y de noche —dijo el soldado—. pero me gustaría muchísimo poder ver a la princesa sólo un instante.

El perro salió directo por la puerta y, antes casi de que el soldado pudiera darse cuenta, ya estaba de vuelta con la princesa cabalgando sobre su espalda y aún profundamente dormida. Era tan bonita que cualquiera se habría dado cuenta de que se trataba de una princesa de verdad. Y el soldado, que era un soldado de verdad, no pudo evitar darle un beso. Después, el perro volvió a llevar a la princesa a su hogar. Pero por la mañana, cuando el rey y la reina estaban tomando el té, les dijo que esa noche había tenido un sueño muy extraño en el que había un perro y un soldado. Y en su sueño, cabalgaba a lomos del perro y el soldado la besaba.

—¡Santo cielo, pues vaya historia! —dijo la reina.

Y una de las viejas damas de compañía recibió la orden de hacer guardia junto al lecho de la princesa a la noche siguiente, para ver si de verdad era o no era un sueño.

El soldado sintió muchos deseos de volver a ver a la hermosa princesa, así que el perro fue a buscarla esa noche también. El perro corría todo lo que podía, pero la vieja dama de compañía se puso las botas y lo siguió. Y así fue como vio al perro entrar en una gran casa.

«Tengo que acordarme del sitio», pensó. Y cogió un trozo de tiza y dibujó una cruz en la puerta. Entonces volvió al palacio y se acostó, y al poco tiempo el perro trajo a la princesa de vuelta. Pero cuando vio la cruz que habían dibujado sobre la puerta de la posada del soldado, el perro cogió otro trozo de tiza y dibujó una cruz en todas las puertas de la ciudad. El perro había sido muy listo porque, puesto que todas las puertas tenían una cruz, la dama de compañía no sería capaz de encontrar la casa del soldado.

A primera hora de la mañana, el rey, la reina, la vieja dama de compañía y todos los cortesanos fueron a ver dónde había estado la princesa.

—¡Ahí es! —exclamó el rey al ver la primera puerta con una cruz.

—No, cariño, ¡es aquí! —dijo la reina, que estaba mirando hacia la puerta siguiente, que también tenía dibujada una cruz encima.

«¡Es ésta!» «¡No, es esta otra!», gritaban todos. Pero adondequiera que mirasen había cruces encima de las puertas, por lo que no fueron capaces de encontrar la que de verdad buscaban.

Sin embargo, la reina era una mujer muy lista y capaz de hacer más cosas que sentarse en su carroza real. Cogió sus tijeras de oro, cortó un trozo de seda y cosió un bonito bolso. Llenó el bolso con trigo finamente molido, lo ató alrededor de la cintura de la princesa y le hizo un agujerito al bolso de manera que el trigo fuese saliendo poquito a poco por el camino que siguiera su hija.

El perro volvió esa noche, subió a la princesa sobre su espalda y se la llevó al soldado. Éste estaba ya tan enamorado de la princesa que deseaba con todas sus fuerzas haber sido un príncipe para poder casarse con ella.

Esta vez, el perro no notó el trigo que iba dejando un fino reguero desde el castillo hasta el lugar en que saltó el muro con la princesa a cuestas y

entró por la ventana del soldado.

A la mañana siguiente, el rey y la reina pudieron descubrir dónde había estado su hija y arrestaron al soldado y lo metieron en la cárcel.

Y allí se quedó sentado. Su celda era oscura y triste, y le dijeron que lo iban a ahorcar al día siguiente. Al soldado no le pareció nada divertido, y además se había dejado la caja de yesca en la habitación de la posada.

Al llegar la mañana, entre los barrotes de hierro de su celda pudo ver a la gente saliendo con muchas prisas de la ciudad para dirigirse al lugar de la ejecución y contemplar cómo lo ahorcaban. También oyó tambores y vio a los guardias desfilar junto a su cárcel.

Todo el mundo había salido para no perderse el espectáculo. Entre la multitud iba un aprendiz de zapatero remendón con su delantal y zapatos de cuero, y corría tan rápido que uno de los zapatos se le cayó cerca del muro de la prisión, justo donde el soldado observaba todo a través de los barrotes de hierro.

—¡Eh, aprendiz de zapatero! ¡No tengas tanta prisa! —le dijo el soldado—. ¡No te preocupes, que no van a empezar sin mí! Escucha, si vas a la posada donde yo estaba y me traes mi caja de yesca, te daré cuatro monedas, ¡pero tienes que ir corriendo!

Bueno, pues el aprendiz de zapatero remendón quería ganarse las cuatro monedas. Así que echó a correr en busca de la caja de yesca, se la dio al soldado y luego... ¡sí, ahora veréis lo que pasó!

Fuera de la ciudad habían instalado una horca. Estaba rodeada de guardias y de cientos de miles de personas. El rey y la reina estaban sentados en un lujoso trono, justo frente al juez y el consejo.

El soldado ya había subido la escalera, pero cuando le iban a poner el lazo alrededor del cuello dijo que, según la costumbre, a un condenado había que concederle un último deseo antes de morir. Y a él le gustaría muchísimo poder fumar una pipa, que, según dijo, sería la última pipa que se fumaría en este mundo.

El rey no podía negarle algo así. De modo que el soldado sacó su caja de yesca e hizo chispas con el pedernal: una, dos y tres chispas. Y hete aquí que ante todos aparecieron los perros: el perro con ojos como platos, el

perro con ojos como ruedas de molino y el perro con ojos como la Torre Redonda de Copenhague.

—Venga, ayudadme. ¡No quiero que me ahorquen! —gritó el soldado.

Y los perros echaron a correr hacia el juez y hacia el consejo. Cogieron a uno por la pierna y a otro por la nariz y los tiraron al aire con tanta fuerza que cuando bajaron se hicieron añicos.

—¡A mí no! —exclamó el rey.

Pero el perro más grande los cogió a él y a la reina y los tiró también por los aires, igual que a los demás. Los guardias estaban aterrorizados y la gente comenzó a gritar:

—¡Soldadito, queremos que seas nuestro rey y que te cases con la hermosa princesa! Así que el soldado se subió a la carroza real y los tres perros iban dando brincos delante al grito de «¡hurra!», mientras los niños silbaban con los dedos metidos en la boca y los guardias presentaban armas. La princesa salió del castillo de cobre y se convirtió en reina, ¡y bien que le gustó serlo! La fiesta de bodas duró una semana entera y verdadera, y los perros se sentaron a la mesa junto a los demás invitados mirándolo todo con sus enormes ojos redondos.



*El regimiento
del rosal*

En la ventana había un rosal. Había sido joven y sano hasta hacía poco, pero ahora tenía mal aspecto. El pobre debía de estar enfermo. Resulta que se había convertido en un cuartel de soldados que se lo estaban comiendo entero. Pero, no os vayáis a creer, eran hombres de honor y llevaban uniforme verde.

Yo pude hablar con uno de los soldados que vivían en el rosal. Sólo tenía tres días de edad, pero ya era bisabuelo. ¿Y sabéis lo que me dijo? Me habló de sí mismo y de los que vivían en aquel cuartel, y cuanto me dijo, hasta la última palabra, era verdad.

—Somos el regimiento de criaturas más notables del mundo entero. En verano, como hace buen tiempo, tenemos hijos que nacen sin cáscara ni nada. Nos hacemos novios y nos casamos al instante. Cuando llega el frío, ponemos huevos, y así los pequeñajos están cómodos y calentitos.

»La más sabia de las criaturas, la hormiga, a la que nosotros respetamos profundamente, nos estudia y sabe lo mucho que valemos. Las hormigas no nos comen, no te vayas a creer, sino que se llevan nuestros huevos y los dejan en el hormiguero familiar, en el piso de abajo, apilados los unos sobre los otros para que puedan nacer bien. Luego, nos llevan a un establo, nos exprimen las patitas traseras y nos ordeñan. ¡Es todo un placer, te lo digo yo! Las hormigas nos han bautizado con un nombre preciosísimo. ¡Fíjate que nos llaman “dulce vaquita lechera”!

»Todas las criaturas que son igual de listas que las hormigas nos llaman así, menos los humanos. Y eso nos ofende y nos hace sentirnos mal. Y a propósito, ¿no podrías escribir algo para que los humanos se den cuenta de su error? ¡Nos miran de un modo tan estúpido! Se enfadan con nosotros sólo porque comemos pétalos de rosa, mientras que ellos se comen todas las criaturas y todas las plantas verdes. Sí, señor, los humanos nos llaman con un nombre de lo más insultante, de lo más asqueroso. ¡No quiero ni decirlo!

¡Aj! ¡Me pone enfermo! Ni siquiera soy capaz de decirlo, por lo menos no mientras vaya de uniforme, y yo siempre voy de uniforme.

»Nací entre pétalos de rosa. El regimiento entero y yo vivimos del rosal, pero casi se podría decir que él sigue viviendo en nuestro interior, porque nosotros pertenecemos a los órdenes más elevados de la naturaleza. A los humanos no les gustamos. Vienen a matarnos con espuma de jabón. ¡Qué bebida más asquerosa! Hasta me parece que la estoy oliendo ya. ¡Es horrible que te laven cuando no has nacido para lavarte!

»¡Humanos, escuchad! Sí, tú también, el que me está mirando con esos ojos jabonosos. Recordad el lugar que ocupamos en la naturaleza y el ingenio con el que somos capaces de poner huevos y de tener hijos sin cáscara ni nada. Somos unas criaturas bienaventuradas y se nos ha dicho que crezcamos y nos multipliquemos. Vivimos de las rosas y morimos en las rosas. Nuestra vida entera es un poema. Así que no nos llaméis con ese nombre feo y asqueroso... ¡No pienso decirlo, me niego absolutamente a pronunciar esa palabra! ¡Llamadnos vaquitas de las hormigas, regimiento del rosal, criaturillas verdes!

Como miembro de la especie humana, me levanté a observar a las rosas y a las criaturillas verdes, al regimiento del rosal. Yo tampoco pienso mencionar su nombre para no ofender a ninguno de los ciudadanos del rosal, esa gran familia capaz de poner huevos y de tener hijos sin cáscara ni nada.

En cuanto a la espuma de jabón que iba a echarles encima (porque sí, era verdad que había cogido espuma de jabón con la peor de las intenciones), la batiré bien y haré pompas de jabón, contemplaré su belleza y quizá descubra un cuento en su interior.

Hice una pompa grande y de muchos colores que tenía un circulito de plata en el fondo. Mi pompa se alzó, tembló y se fue flotando hasta la puerta, donde estalló. La puerta se abrió de par en par, y hete aquí que ante mí tenía al Hada Madrina de los Cuentos de Hadas en persona.

Vaya, pues nadie mejor que ella para contar el cuento de... (no, no pienso decir ese nombre), ¡el cuento del regimiento del rosal!

—¡Pulgonos! —dijo el Hada Madrina de los Cuentos de Hadas—. Uno siempre debería llamar a las cosas por su nombre, incluso aunque no sea el más normal. Sí, señor; por lo menos en los cuentos de hadas.

El niño travieso



Érase una vez que se era un viejo poeta, y un viejecito encantador que era además. Una noche, estando en casa, se desató una terrible tempestad y la lluvia empezó a caer a cántaros. Sin embargo, el viejo poeta estaba cómodo y calentito sentado junto a un fuego en el que se asaban unas manzanas.

—¡A los pobres a los que les haya cogido esta tormenta ya no les deben quedar secas ni las ideas! —se dijo el viejecito, porque, como ya os he dicho, era un buen hombre—. ¡Déjame entrar! —exclamó un niño desde el exterior—. ¡Me estoy helando de frío de tanta agua como cae!

Estaba llorando y no paraba de llamar a la puerta, mientras la lluvia seguía cántaro por aquí y cántaro por allá y mientras el viento sacudía las ventanas.

—¡Vaya, pobrecito! —dijo el viejo poeta.

Y se levantó a abrir la puerta. Ante él vio a un niño totalmente desnudo. El agua le caía por su larga melena rubia. Temblaba de frío, y si no le hubiera dejado entrar en la casa, no hay duda de que se hubiese muerto en medio de la terrible tempestad. —¡Pobre niño! —dijo el poeta cogiéndolo de la mano—. ¡Corre, pasa, que yo te haré entrar en calor! Te daré vino para beber y manzanas asadas para comer. ¡Qué niño más guapo!

Y ciertamente lo era. Los ojos le brillaban como estrellas y, aunque el agua le chorreaba por los rubios cabellos, todavía se notaba que los tenía rizados de un modo encantador. Parecía un ángel en miniatura, pero estaba pálido de frío y temblaba de pies a cabeza.

El niño llevaba un bonito arco con flechas. Sin embargo, la lluvia se los había estropeado y los colores de las elegantes flechas se habían corrido.

El poeta viejecito se sentó junto al fuego, cogió al niño sobre su regazo, le secó el pelo, le calentó las manos entre las suyas y le dio vino dulce para beber. El niño se recuperó en seguida. En chanto las mejillas se

le pusieron rosadas, se bajó al suelo de un salto y empezó a bailar alrededor del viejo poeta.

—¡Eres un niño muy alegre! —dijo el viejo—. ¿Cómo te llamas?

—¡Me llamo Cupido! —dijo el niño—. ¿No sabes quién soy? ¡Fíjate, aquí tengo el arco y las flechas! ¡Deberías ver qué bien disparo! ¡Mira, ha amainado la tempestad y la luna vuelve a brillar!

—¡Pero se te ha estropeado el arco! —dijo el viejo poeta.

—¡Qué pena! —dijo el niño, al mismo tiempo que lo cogía y lo observaba—. ¡Ah, no! ¡Ya está seco otra vez y no le ha pasado nada! ¡La cuerda está bien!

Dicho lo cual, tensó el arco, colocó una flecha sobre la cuerda, apuntó y se la clavó al bueno del poeta en medio del corazón.

—¿Ves? ¡Ahora ya no dirás que se me ha estropeado el arco! —dijo, mientras lanzaba una fuerte carcajada y echaba a correr.

¡Qué niño más travieso! ¡Mira que dispararle una flecha al viejo poeta que le había dejado entrar en su habitación calentita y que había sido tan generoso y le había dado buen vino para beber y deliciosas manzanas para comer!

El bueno del poeta había quedado tendido en el suelo, llorando sin parar, pues la flecha le había llegado hasta el fondo del corazón.

—¡Pero qué niño más travieso este Cupido! —exclamó—. ¡Les diré a los niños buenos que tengan cuidado y que nunca jueguen con él, porque este Cupido es capaz de hacerles mucho daño!

Y los niños buenos a los que les contó su historia tuvieron mucho cuidado cuando se encontraron con el travieso Cupido. ¡Pero él los engañó de todas formas, porque es una criaturilla de lo más astuta!

Cuando los estudiantes salen de clase, él se pone a caminar a su lado con el uniforme de la escuela y un libro debajo del brazo. Como no lo reconocen así vestido, lo cogen de la mano creyendo que es otro estudiante. Y él entonces les dispara sus flechas en el pecho. Además, siempre está buscando a las chicas cuando salen y cuando entran en la iglesia. ¡Nunca para de correr detrás de la gente! También tiene costumbre de sentarse en la enorme lámpara del teatro; y brilla tantísimo que la gente se cree que Cupido es una de las luces. ¡Pero qué poco tardan en darse cuenta de su error! Se dedica a pasear por los jardines del rey y por los demás parques. Una vez que se era, incluso les disparó a tu madre y a tu padre en medio del corazón. ¡Pregúntales y verás lo que te cuentan! Sí, Cupido es un niño travieso, y tú no deberías ni hablarle. Persigue a todo el mundo. ¡Vaya, pero si una vez incluso le disparó una flecha a tu abuelita! Pero eso fue hace

mucho, mucho tiempo. Sin embargo, a ella nunca se le olvidará. ¡Debería darte vergüenza, Cupido! En fin, ahora por lo menos lo reconocerás en cuanto lo veas. ¡Y tendrás que estar de acuerdo conmigo cuando te digo que es un niño muy travieso!

El traje nuevo del emperador



Hace muchos años vivió un emperador que creía que llevar ropa nueva y lujosa era tan importante que se gastaba todo el dinero en comprarse trajes. No se ocupaba de su ejército ni de ir al teatro ni de caza al bosque, salvo cuando tenía ocasión de lucir ropas nuevas. Poseía un traje distinto para cada hora del día. Por eso, en lugar de «está en la cámara del consejo», como se suele decir de los reyes, la gente cuando hablaba de su emperador decía: «está en el vestidor».

La gran ciudad en la que vivía el emperador era muy próspera y había gran cantidad de viajeros que cada día acudían a verla. Una vez, sin embargo, llegaron a la ciudad dos picaros engañabobos que fingían ser tejedores capaces de fabricar la tela más maravillosa que imaginarse pueda. Según decían, no sólo eran los dibujos y los colores de la tela increíblemente maravillosos, sino que la ropa que se hacía con aquella tela poseía la fabulosa propiedad de ser invisible para cualquiera que no estuviese capacitado para su cargo o que fuera extraordinariamente estúpido.

«¡Esas telas tienen que ser maravillosas de verdad!», pensó el emperador. «Si las llevara yo, podría descubrir cuáles son las personas de mi reino que no están capacitadas para su cargo. ¡Y podría enterarme de quién es listo y quién estúpido! ¡Tengo que encargarme que me hagan esa tela de inmediato!»

Y les dio a los dos engañabobos una gran cantidad de dinero para que se pusiesen a trabajar. Así que ellos montaron dos telares y fingieron ponerse a trabajar, pero la verdad es que no estaban tejiendo nada de nada. Después dijeron que les hacía falta la mejor de las sedas y el más fino de los hilos de oro. Pero lo que hicieron fue quedárselo todo para ellos y seguir trabajando en sus telares vacíos hasta altas horas de la noche.

«Me gustaría saber cómo va mi tela», pensó el emperador. Pero entonces le entró la inquietud al recordar que ni los estúpidos ni los incapacitados para su cargo podrían verla. Tampoco es que creyera que eso le iba a pasar a él, pero de todas formas decidió enviar a algún otro para comprobar cómo iban los trabajos.

Los habitantes de la ciudad habían oído hablar de las maravillosas propiedades de la tela y todos ansiaban enterarse de lo listos o estúpidos que eran sus vecinos. «Enviaré a mi honrado ministro para que hable con los tejedores», pensó el emperador. «¡Él será la persona más indicada para comprobar la calidad de esa tela, porque es muy listo y no existe nadie mejor capacitado para su cargo!» Bueno, pues el viejo ministro fue a la sala donde los dos engañabobos no paraban de trabajar en sus telares vacíos.

«¡Dios me libre!», pensó el viejo ministro, al que casi se le salieron los ojos de las órbitas. «¡No veo nada!»

Pero no lo dijo.

Los dos engañabobos le rogaron que se acercara. ¿No era elegantísimo el dibujo?, le preguntaron. ¿Y acaso no eran bellísimos los colores? Al mismo tiempo que hablaban iban señalando partes del telar vacío y el pobre ministro no paraba de mirar a todos lados, pero seguía sin ser capaz de ver nada, pues nada era lo que había en el telar.

«¡Dios santo!», pensó. «¿Acaso va a resultar que soy un estúpido? Nunca se me había ocurrido tal cosa. ¡Bueno, pero nadie debe enterarse! ¿O será que no estoy capacitado para mi cargo? ¡Sería terrible confesar que no puedo ver la tela!» —¿No nos va a decir lo que le parece? —preguntó uno de los engañabobos, mientras fingía seguir tejiendo.

—¿Eh? ¡Sí, es preciosa! ¡Espléndida! —dijo el viejo ministro, mientras se ajustaba las gafas para ver mejor—. ¡Qué dibujo! ¡Qué colores! ¡Sí, le diré al emperador que me ha gustado muchísimo!

—¡Nos encanta oírle decir eso! —exclamaron los dos tejedores.

Y luego le contaron cómo eran los colores y le describieron el raro dibujo. El viejo ministro escuchó con muchísima atención para poder contárselo todo después al emperador, que es exactamente lo que hizo.

Entonces, los dos engañabobos pidieron más dinero, más seda y más hilo de oro porque, según ellos, les hacía falta para seguir tejiendo.

Volvieron a quedárselo todo y continuaron tejiendo en sus telares, que estaban igual de vacíos que al principio. Al poco, el emperador envió a otro honrado dignatario suyo para comprobar cómo iba la tela y preguntar si aún tardaría mucho en estar acabada. Al igual que el ministro, el alto dignatario miró para aquí y miró para allá, pero, como no había nada en los telares vacíos, tampoco él fue capaz de ver ni un poquito de tela. —¿Verdad que es una tela elegantísima? —le preguntaron los dos engañabobos, al mismo tiempo que fingían enseñársela y le describían el hermosísimo dibujo que no existía.

«Estúpido seguro que no lo soy», pensó el alto dignatario. «¡Así que no debo de estar capacitado para mi cargo! Vaya, pues sí que es raro, ¡pero no puedo permitir que nadie se entere!»

Así que comenzó a alabar la tela, aunque no la veía, y a decir cuánto le gustaban los bonitos colores y los hermosos dibujos.

—¡Pues sí, es de lo más exquisita! —le dijo al emperador.

En la ciudad, todo el mundo hablaba sin parar de la tela maravillosa. Entonces el emperador sintió deseos de verla por sí mismo mientras aún seguía en el telar. Así que fue a visitar a los astutos engañabobos con un selectísimo grupo de cortesanos que incluía a los dos ancianos caballeros que ya habían ido a ver la tela anteriormente. Los dos picaros seguían tejiendo como locos a pesar de que en aquel telar no había ni un solo hilo.

—¿Verdad que es fantástica? —preguntaron el ministro y el alto dignatario—. ¡Fijaos, majestad, qué dibujo y qué colores! —y señalaron hacia el telar vacío, convencidos de que los demás podían de verdad ver la tela.

«¡Rayos y truenos!», pensó el emperador. «¡No veo nada! ¡Es terrible! ¿Seré un estúpido? ¿O es que no estaré capacitado para el cargo de emperador? ¡Es lo peor que podría sucederme!»

Sin embargo, lo que dijo en voz alta fue:

—¡Sí, es muy hermosa! ¡Me encanta!

Y empezó a menear la cabeza para que todos se dieran cuenta de lo mucho que le gustaba el telar vacío. No quería admitir que no podía ver nada de nada. Los cortesanos que habían ido con él miraban para aquí y

miraban para allá, pero no eran capaces de ver más que el ministro y que el alto dignatario. Sin embargo, imitaron al emperador y dijeron:

—¡Ah, sí, es encantadora!

Y le aconsejaron que encargara un traje nuevo con aquella maravillosa tela y que se lo pusiera en el gran desfile que estaba a punto de celebrarse. Todos querían hablar al mismo tiempo. «¡Fantástica! ¡Exquisita! ¡Excelente!» Los cortesanos dijeron que les encantaba la tela. El emperador les concedió a los dos engañabobos condecoraciones para que se las pusieran en el ojal y los nombró Caballeros del Telar.

El día antes del desfile, los dos picaros engañabobos se quedaron la noche entera en vela con dieciséis luces encendidas. Así, todo el mundo se dio cuenta de lo mucho que trabajaban para tener listo el traje nuevo del emperador a tiempo. Los dos picaros fingieron sacar la tela del telar y empezaron a dar tijeretazos en el aire. Luego se pusieron a coser sin parar utilizando agujas sin hilo.

—¡Mirad, el traje ya está listo! —dijeron finalmente.

El emperador vino a recogerlo en persona acompañado de sus más distinguidos cortesanos.

Los dos engañabobos levantaron los brazos en el aire como si sujetaran algo.

—¡Fijaos, éstos son los pantalones! —dijeron—. ¡Y aquí está la casaca! ¡Y la capa! ¡Vaya —exclamaron—, pero si es ligero como una pluma! A lo mejor hasta os parece que no lleváis nada de nada, pero ése es precisamente el mayor encanto de este traje.

—¡Sí, sin duda! —dijeron los cortesanos, aunque seguían sin ver nada porque nada había que ver.

—¿Tendría vuestra majestad la amabilidad de quitarse el traje que lleva puesto? —preguntaron los engañabobos—. Os vestiremos con el nuevo junto al espejo. Así que el emperador se quitó la ropa, y los dos engañabobos fingieron vestirle con el traje nuevo que todos creían que habían hecho de verdad. Entonces hicieron como que se lo ajustaban alrededor de la cintura y que le ponían la cola, mientras el emperador giraba y se pavoneaba delante del espejo.

—¡Ah, qué traje más elegante! —dijeron todos—. ¡Qué bien os sienta!
¡Qué dibujo! ¡Qué colores! ¡He ahí un traje verdaderamente espléndido!

—El dosel que va a ir sobre vuestra majestad durante el desfile os está aguardando ante la puerta —dijo el maestro de ceremonias.

—¡Ya estoy listo! —dijo el emperador—. ¿Verdad que el traje me sienta bien?

Y volvió a moverse y a retorcerse delante del espejo, haciendo como que admiraba su lujoso traje. Los chambelanes que tenían que llevar la cola empezaron a enredar en el suelo como si intentaran recogerla. Ellos también temían que alguien se diera cuenta de que no podían ver nada de nada.

Así que el emperador empezó a desfilarse bajo el dosel, y en la calle y desde las ventanas todo el mundo le gritaba:

—¡Qué maravilloso es el traje nuevo del emperador! ¡Qué bien le sienta!

Porque nadie quería que los otros creyeran que no veían nada. Eso hubiera querido decir que eran estúpidos o que no estaban capacitados para su cargo. Nunca habían recibido tanta admiración las ropas del emperador.

—¡Pero si el emperador va desnudo! —exclamó un niño.

—¡Qué inocente es el pobre! —dijo el padre del niño.

Pero unos a otros comenzaron a decirse lo que había gritado el niño.

—¡El emperador va desnudo! ¡Ese niño de ahí dice que el emperador va desnudo!

—¡El emperador va desnudo! —empezó finalmente a gritar todo el mundo.

Y el emperador se encogió de vergüenza, porque en el fondo de su corazón pensaba que tenían razón, pero se dijo a sí mismo: «Tengo que aguantar hasta el final del desfile.» Así que adoptó una postura aún más orgullosa que antes, y los chambelanes continuaron sujetando la cola que nunca existió.



*La princesa
y el guisante*

Érase una vez que se era un príncipe que se quería casar con una princesa, pero no le valía una princesa cualquiera. Tenía que ser una princesa de verdad. Así que se fue a correr mundo para buscarla, pero en todas partes había algo que fallaba. Conoció a un montón de princesas, pero no había manera de saber si eran princesas de verdad. Siempre les encontraba algo que no acababa de estar bien del todo. Así que volvió a casa sintiéndose muy triste, porque lo cierto es que tenía unas ganas enormes de casarse con una princesa de verdad.

Una noche se desató una terrible tempestad con rayos y truenos y una lluvia que no paraba de caer a cántaros. ¡Fue espantosa de verdad!

Alguien llamó al enorme portón principal y el rey padre fue a abrir.

Allí fuera había una princesa, ¡pero aquella lluvia y la tormenta la habían puesto perdidita! El agua le caía a chorros por los cabellos y por las ropas, y le entraba por la punta de los zapatos y le salía por los tacones. Pero dijo que era una princesa de verdad.

«Bueno», pensó la reina madre, «¡eso lo sabremos en seguida!» Sin embargo, no dijo ni una palabra, sino que se fue derecha al dormitorio, sacó las sábanas y puso un guisante sobre los muelles que sujetaban la cama. Luego cogió veinte colchones y los puso encima del guisante, y después colocó veinte edredones de plumas encima de los colchones. Aquélla era precisamente la cama en la que tenía que pasar la noche la princesa.

Por la mañana, le preguntó qué tal había dormido.

—¡Fatal! —respondió la princesa—. ¡Casi no pude pegar ojo! Sólo Dios sabe lo que había en mi cama, pero era algo tan duro que estoy llena de cardenales. ¡Os aseguro que fue terrible!

Y así fue como todos pudieron estar seguros de que era una princesa de verdad, porque sólo una verdadera princesa podría haber notado el guisante a pesar de los veinte colchones y de los veinte edredones de plumas. Nadie más que una princesa de verdad podía ser tan sensible.

El príncipe se casó con ella, porque ya sabía que había encontrado una princesa de verdad. Y el guisante lo pusieron en un museo, donde todos pueden ir a verlo ahora (si es que nadie se lo ha llevado, claro). ¡Vaya, pues ahora sí que me ha salido un cuento de verdad!

La pequeña cerillera



Hacía un frío terrible, nevaba y comenzaba a oscurecer. Era la última noche del año, la víspera de año nuevo. Una pobre niña caminaba por las calles en medio del frío y de la oscuridad. Llevaba la cabeza y los pies sin ninguna protección. Había salido de casa en zapatillas, pero de nada le servían ahora. En realidad habían sido de su madre, y le venían tan grandes que las había perdido al cruzar corriendo una calle para que no la atropellasen dos carruajes que pasaban a gran velocidad. Después, la niña no fue capaz de encontrar una de las zapatillas, y la otra se la había llevado corriendo un niño, que le dijo que la guardaría para usarla como cuna cuando tuviese hijos.

Así que ahora la niña iba caminando con los pies descalzos y amoratados por culpa del frío. Llevaba cerillas en el delantal y en las manos, pero nadie le había comprado ninguna en todo el día. Nadie le había dado ni un poquito de dinero. Hambrienta y con un frío que le helaba los huesos, la pobre criatura andaba sin parar convertida en una imagen de la desgracia. Los copos de nieve caían sobre su larga melena rubia. La tenía bonita y rizada en el cuello, pero nunca se había parado a pensar en si era guapa. Las ventanas de las casas estaban iluminadas, y las calles, llenas de un delicioso olor a pavo asado. Era la noche de año viejo, y eso sí que no podía dejar de pensarlo.

Vio dos casas que estaban a distintas alturas de la acera y se sentó en el rincón. Dobló y recogió las piernecitas, pero sólo consiguió sentir aún más frío que antes. No se atrevía a volver a casa porque no había vendido ninguna cerilla. No había ganado nada de dinero, y tenía miedo de que su padre le pegase. Además, en casa también hacía frío. La niña vivía en una buhardilla y el viento se colaba dentro, aunque los agujeros más grandes del tejado estaban tapados con trapos y paja.

Ya no sentía las manitas por culpa del frío. ¡A lo mejor la llama de una cerilla le podría dar algo de calor! ¿Se atrevería a sacar una, a encenderla en la pared y a calentarse los dedos? Lo hizo. Sacó una, la encendió y... ¡ah, cómo brillaba y ardía! La luz era cálida y clara como la de una velita. La niña la rodeó con las manos. ¡Qué luz más extraña! Le pareció estar sentada junto a una gran chimenea de hierro que ardía con un fuego maravilloso entre adornos de resplandecientes esferas y barrotes de cobre. Extendió los pies para calentárselos también..., pero la llama se había apagado ya. La chimenea de hierro desapareció, y la niña se quedó allí sentada con un trocito de cerilla quemada entre las manos.

Encendió otra cerilla. Al iluminar la pared, se volvió transparente como un velo, y la niña pudo ver la habitación de dentro. Había una mesa puesta con un mantel blanco e inmaculado, preciosos jarrones y un pavo asado relleno de manzanas y ciruelas. El olor era delicioso. Y lo que era aún mejor, el pavo se levantó de un salto y salió de la fuente a pesar del cuchillo y del tenedor que tenía clavados. Y entonces empezó a caminar torpemente por el suelo en dirección a la niña..., pero la cerilla se apagó y ante ella sólo quedó ya una pared dura y fría.

Encendió una tercera cerilla. Ahora estaba sentada bajo un precioso árbol de Navidad, mucho mayor y mejor decorado que el que había visto al otro lado de la puerta del rico comerciante el día de Nochebuena. Las verdes ramas estaban iluminadas por mil velas, y pudo ver cómo la miraban unas muñecas de vivos colores exactamente iguales a las que hay en los escaparates de las tiendas. La niña extendió las manos, pero la cerilla se volvió a apagar. Las llamas de las velas de Navidad empezaron a subir a las alturas y de repente se dio cuenta de que eran brillantes estrellas. Una de ellas cayó y dejó un rastro de fuego a su paso por el cielo.

—Alguien se está muriendo —dijo la niña.

Su abuela le había contado que cada estrella fugaz es un alma que va al cielo. Su abuela, que ya estaba muerta, era la única persona que había sido buena con ella.

Encendió otra cerilla en la pared. La llama se alzó, y a su luz pudo ver a su abuela en persona: una mujer resplandeciente y buena. ¡Qué delicia volver a verla!

—¡Abuela, abuela! —la llamó la niña—. ¡Llévame contigo! Sé que te irás cuando se apague la cerilla, igual que la cálida chimenea y el pavo asado y el precioso árbol de Navidad.

Y rápidamente encendió todas las cerillas que le quedaban para que su abuela siguiera allí.

Su abuela nunca le había parecido tan alta y hermosa como entonces.

Recogió a la niña en brazos y salió volando con ella hacia las alturas. Todo era gloria y alegría porque se dirigían hacia el lugar donde ya no hay ni frío ni hambre ni dolor, porque se dirigían hacia Dios.

Encontraron a la niña en el rincón entre las dos casas, bajo la fría luz del amanecer.

Tenía las mejillas sonrosadas y una sonrisa en los labios, pero estaba muerta. Había muerto de frío durante la última noche del año.

El sol del año nuevo se alzó sobre el cuerpecito sentado con un montón de cerillas quemadas.

—Intentaba entrar en calor —dijeron.

Pero nadie sabía las maravillosas visiones que había tenido. Nadie sabía que ella y su abuela se habían ido volando, iluminadas por la gloria y la alegría del año nuevo.



HANS CHRISTIAN ANDERSEN (Odense, 1805 — Copenhagen, 1875). Poeta y escritor danés. El más célebre de los escritores románticos daneses fue hombre de origen humilde y formación esencialmente autodidacta, en quien influyeron poderosamente las lecturas de Goethe, Schiller y E.T.A. Hoffmann.

En 1819, a los catorce años, Andersen viajó a Copenhague persiguiendo el sueño de triunfar como dramaturgo. El escaso éxito de sus obras teatrales y su insaciable curiosidad lo impulsaron a viajar por diversos países, entre ellos Alemania, Francia, Italia, Grecia, Turquía, Suecia, España y el Reino Unido, y a anotar sus impresiones en interesantes cuadernos y libros de viaje.

Inspirándose en tradiciones populares y narraciones mitológicas extraídas de fuentes alemanas y griegas, así como de experiencias particulares, entre 1835 y 1872 escribió 168 cuentos protagonizados por personajes de la vida diaria, héroes míticos, animales y objetos animados.